

—Pues como decía, continuó el porfiado aldeano, las señoritas Mary y Berta son muy aficionadas á la caza, á los perros y á los caballos; pero no creo que esto sea razón para dudar ni remotamente de su recato. El señor cura de la Benate, que en paz descansa, era un famoso cazador furtivo, y no creo que sus misas hayan sido peores que las demás por haber tenido su perro en la sacristía.—Lo que nadie puede negar, añadió su amo sin notar que se estaba contradiciendo, es que esas dos jóvenes, y en especial la señorita Mary, tienen el aire más tierno y simpático que darse pueda.—Y lo son, señor Michel; creed que lo son. El año pasado, sin ir más lejos, cuando el excesivo calor de la estación y los miasmas de los pantanos difundieron la fiebre maligna por el país, ¿quién lo ha recorrido sin descanso en todos sentidos, cuidando á los enfermos cuando los médicos, los boticarios, hasta los albéitares y toda esa ralea habían huído de la comarca? Las Lobas, como las llaman ellos. ¡Vive Dios! ¿esas sí que no hacen limosna con los labios! Es de verlas entrar en las viviendas de los menesterosos y dejar allí su limosna saliendo luego colmadas de bendiciones! Ódielas los ricos cuanto quieran, que yo os juro que los pobres y los necesitados siempre las querrán como á las niñas de sus ojos.—Entonces ¿de qué proviene su mala fama? —Sábelo Dios. ¿Acaso esas cosas se explican nunca? ¿Acaso se indagan? Creedme, señor, los hombres son como los pájaros; cuando uno de ellos está enfermo, todos se apresuran á arrancarle las plumas: lo que hay en esto, es que todos los de su clase les vuelven las espaldas y contribuyen á propagar todas esas murmuraciones. Vuestra madre, muy buena señora por cierto y nadie lo pone en duda, estoy segurísimo de que si la hablarais de ellas, os diría: «¡buen par de bribonas!»

Sin embargo, á pesar de la diplomática maniobra de Courtin, el mancebo no llevaba trazas de estar dispuesto á entrar en conversación más íntima, y aquél pensó que en la primera sesión había preparado bastante el terreno para dar lugar á la confidencia que esperaba.

Como el señor Michel manifestaba deseos de retirarse, el colono le acompañó hasta la linde de su campo, notando al propio tiempo que las miradas del mozo se dirigían muy á menudo á la frondosa espesura de la selva de Machecul.

VIII

LA BARONESA DE LA LOGERIE.

Abriendo estaba Courtin la barrera del coto y franqueando respetuosamente el paso á su amo, cuando resonó á la opuesta parte del vallado una voz femenina que á este llamaba, y al oirla el barón demudóse y quedó como clavado en su sitio, en tanto que en el campo vecino y al pié de la escalera que lo ponía en comunicación con el de Courtin, aparecía la que aquellas voces acababa de dar.

Era la tal una señora que frisaba con los cuarenta ó cuarenta y cinco años, de vulgar fisonomía, en la cual notábase una fingida altivez que armonizaba muy poco con su nada aristocrático porte; era además bajita y muy gruesa, llevaba un vestido de seda harto lujoso para el campo, y á no ser por su sombrero cuya flotante batista caía sobre el rostro y hombros, hubiérase dicho al ver el acicalamiento de su persona, que acababa de hacer una visita en la *Chaussée-d'Antin* ó en el arrabal de *Saint-Honoré*.

Este era el personaje cuyas futuras reconvenções habían al parecer inspirado tanto temor al pobre mancebo.

—¡Magnífico! exclamó al verle. ¿Y aquí estáis, Michel? ¡Bien os portáis! ¡Buenas consideraciones tenéis á vuestra madre! ¡hace ya más de una hora que la campana del castillo os ha llamado á la mesa, sabéis cuánto sientotener que esperar y comer á deshora y os encuentro departiendo tranquilamente con ese labriego!

Trató Michel de balbucir una excusa, pero casi simultáneamente su madre reparó lo que Courtin no había notado, ó quizás había aparentado no notar, esto es, que el joven llevaba atado á la cabeza un pañuelo algo manchado de sangre, lo cual no podían ocultar las anchas alas de su sombrero de paja.

—¡Dios mío! exclamó al verlo, elevando la voz que en su diapason ordinario era ya más que regularmente aguda, es-

táis herido! ¿Qué ha sucedido? ¡Hablad, desgraciado! ¿No veis que estoy muriéndome de congoja?

Y trepando agitada por la escalera con una ligereza superior á sus años y obesidad, llegóse á él, y sin darle tiempo para hacer el menor movimiento, arrancóle sombrero y pañuelo.

Al desprenderse de la herida el pañuelo que hasta entonces había contenido la hemorragia, la sangre volvió á brotar de nuevo.

Estaba tan lejos el señor Michel, como le llamaba Courtin, de prever que ese temido desenlace sobreviniese de un modo tan repentino, que quedó atónito y sin abrir los labios.

Afortunadamente Courtin acudió á su auxilio, pues al notar la turbación de su amo, ocurriósele al astuto aldeano, que si bien éste no se atrevía á confesar su desobediencia, también le repugnaba excusarse con una mentira, y como no participaba de los escrúpulos de conciencia del mancebo, decidió cargar sobre la suya aquel pecado, exclamando con la mayor naturalidad:

—¡Oh! ¡no se inquiete por eso la señora baronesa! ¡eso no es nada, absolutamente nada!—Pero sepamos, ¿cómo le ha sucedido esta desgracia? Responded por él, Courtin, pues que el caballero se ha empeñado en callar.

Efectivamente el joven no decía esta boca es mía.

—Os lo explicaré, señora baronesa, contestó Courtin: aquí donde ahora estamos tenía yo un haz de desmoches, y como por su mucho peso no podía echármelo yo solo áuestas, el señor Michel ha tenido la bondad de ayudarme, y una condenada rama le ha arañado del modo que veis.—¡Pero eso pasa de arañazo! ¡podía haberle costado un ojo! Otra vez cuando necesitéis ayuda para cargaros la leña, echad mano de vuestros semejantes: ¿tenciislo entendido? A más de que habríais podido estropearle, es esa una acción bastante indecorosa.

Courtin humilló la cabeza como reconociendo la enormidad de su falta; mas no obstó para que viendo el zurrón del baroncito olvidado sobre la yerba, de un puntapié hábilmente calculado lo enviase á reunirse con la escopeta que poco antes había escondido en el vallado.

—¡Ea! venid conmigo, caballero, dijo la baronesa, cuya irritación no tenía visos de calmarse con la humilde sumisión del labriego; venid y el médico examinará la herida.

Y después de haber dado algunos pasos, volvióse á Courtin y le dijo:

—A propósito, Courtin: si mal no recuerdo, todavía no habéis satisfecho el plazo que cumplió por S. Juan; y eso que vuestro arrendamiento concluye por Pascua: decidíos, pues estoy resuelta á no tolerar arrendatarios morosos en el cumplimiento de sus obligaciones.

Subió de punto la lastimosa expresión que momentos antes se notaba en la fisonomía del labriego al pronunciar la baronesa estas palabras; pero no tardó en serenarse por completo, cuando al bajar ésta la escalera con mucha mayor dificultad por cierto de la que experimentó al subir al campo, el mancebo se le acercó y le dijo en voz baja:

—Hasta mañana, Courtin.

Así es que no obstante la seria conminación que se le acababa de hacer, volvió á empuñar con aire sumamente gozoso la esteva y empezó á trazar alegremente un nuevo sulco mientras que sus amos se dirigían al castillo, y en toda la tarde no cesó de animar á la yunta con el belicoso canto de la *Parisiense*, himno patriótico muy en boga en aquella sazón.

Mientras canta Courtin el himno susodicho con gran regocijo y satisfacción de la yunta, digamos algo acerca de la familia Michel.

Ya habéis visto, amigos lectores, al hijo, y también habéis visto á la madre. Era ésta la viuda de uno de los proveedores que tuvieron la habilidad de hacer á expensas del Estado una fortuna tan rápida como considerable, al arrimo de los ejércitos del imperio, y á quienes los soldados designaban con el apodo significativo y característico, de Arrozpan-sal (1).

Oriundo el proveedor del departamento de Mayena, era hijo de un humilde aldeano y sobrino de un dómine de lugar llamados Michel, y había recibido del último algunas lecciones de lectura, escritura y aritmética, lo cual sin sospecharlo nadie decidió el destino del muchacho.

En la primera quinta de 1791 cayó soldado é ingresó con tibio entusiasmo en la brigada vigésima-segunda. Aquel hombre que después había de figurar entre los más afamados calculistas, previó todas las probabilidades de la suerte; y como el resultado de este cálculo no le dejó muy satisfecho,

(1) Riz-pain-sel.

valióse de la hermosura de su letra para entrar en las oficinas del cuartel maestre, favor que recibió con tanto júbilo y reconocimiento, como otro hubiera manifestado por un ascenso.

Michel hizo pues en el depósito las campañas de 1792 y 1793.

A mediados del último año, mandado el general Rossignol á la Vendée con la misión de pacificarla ó exterminarla, encontróse casualmente en contacto con el escribiente Michel, y sabedor por éste de que había nacido en el país sublevado y tenía á todos sus amigos en las filas de los vendeanos, trató de prevalerse de esta coyuntura providencial; al efecto concedióle la licencia absoluta con la condición de alistarse en las filas de los *chuanes* y hacer de vez en cuando por él lo que el señor de Maurepas había hecho por Su Majestad Luís XVI, esto es, ponerle al corriente de los acontecimientos del día. Michel obtuvo grandes beneficios pecuniarios en el desempeño de su nuevo oficio, lo cual le incitó á ejercerlo con toda fidelidad, no sólo con el general Rossignol, sino con cuantos le sucedieron en el mando.

Cuando con el mayor ahinco mantenía Michel esta correspondencia anecdótica con los generales republicanos, llegó á la Vendée el general Travot.

Aunque nadie ignora el éxito de sus operaciones, según ya llevamos explicado en uno de los primeros capítulos de esta obra, vamos á exponerlas en un sucinto cuadro.

Batido el ejército vendeano y muerto Jolly, Coetus cayó en poder de los republicanos merced á la traición de un desconocido, suerte que más adelante cupo también á Charrette en el bosque de la Chabotterie, siendo fusilado en la plaza de Viarine en Nántes.

¿Qué papel desempeñó Michel en las sucesivas peripecias de este drama terrible? Luego se sabrá; limitémonos ahora á hacer constar que poco después de este sangriento episodio, protegido como siempre Michel por su hermoso carácter de letra é infalible aritmética, ingresó en clase de dependiente en las oficinas de un famoso abastecedor.

Allí adelantó muchísimo por cuanto en 1805 le encontramos abasteciendo por su propia cuenta parte de los suministros del ejército de Alemania.

En 1806 sus zapatos y polainas tomaron una parte muy activa en la heroica campaña de Prusia.

En 1809 se encargó de todo el suministro del ejército que invadía á España.

En 1810 casóse con la única hija de uno de sus cofrades, doblando con este enlace su ya cuantiosa fortuna; alargó al propio tiempo su nombre, cosa que en aquellos tiempos era la mayor aspiración de cuantos lo tenían corto, recurriendo por ello á un expediente muy ingenioso.

Llamábase el padre de su esposa Juan Bautista Dulaud, y como había nacido en el lugar de la Logerie, quiso distinguirse de otro Dulaud con quien muy á menudo se le confundía, haciéndose llamar Dulaud de la Logerie. Este era el pretexto que él alegaba; y como Dulaud había educado á su hija en uno de los mejores colegios de París, en donde había entrado con el nombre de Estefanía Dulaud de la Logerie, Michel al casarse con ella tuvo ocasión de reparar que el nombre de su mujer haría un hermoso efecto colocado después del suyo, y desde entonces se hizo llamar Michel de la Logerie.

Más adelante, y en tiempo de la Restauración, compró un título del Sacro Imperio que le autorizó para llamarse el barón Michel de la Logerie, tomando así puesto entre las aristocracias mercantil y territorial de aquella época.

Algunos años después del regreso de los Borbones, hacia 1819 ó 1820, el barón perdió á su suegro *messire* Juan Bautista Dulaud de la Logerie, legando á su hija y por lo tanto á su yerno, la hacienda de la Logerie, situada, como habrán visto nuestros lectores en los capítulos precedentes, á cinco ó seis leguas de la selva de Machecul.

El barón Michel de la Logerie determinó, á fuer de buen señor, ir á tomar solemne posesión de su nueva propiedad y darse á conocer á sus vasallos, pues tenía grandes deseos de sentarse en los escaños del parlamento; y como no podía alcanzarlo sino por el sufragio de sus conciudadanos, el cual dependía de su mayor ó menor popularidad en el departamento del Loira-Inferior, el barón, que era muy avisado y había sido aldeano y vivido con ellos hasta los veinte y cinco años, exceptuando los dos ó tres que pasó en las oficinas del ejército, sabía perfectamente cómo tenía que gobernarse para llevar á cabo su propósito.

Por lo tanto trató de que sus paisanos le perdonaran su dicha, y fué lo que se llama buen príncipe: allí encontró á algunos compañeros de las antiguas guerras de la Vendée,

tendióles la mano, y enternecido les habló del malogrado Jolly, del buen Coetus y del bravo Charrette; informóse de las necesidades del pueblo é hizo construir un puente en el punto más importante, poniendo así en comunicación el departamento del Loira-Inferior con la Vendée; costó la recomposición de tres caminos vecinales y la reedificación de una iglesia; dotó un asilo para los huérfanos y otro para los ancianos: y viéndose colmado de bendiciones, complacióse de tal manera en el desempeño del papel patriarcal que estaba representando, que llegó á manifestar que en adelante pasaría sólo seis meses en la capital, á fin de morar la otra mitad del año en el castillo de la Logerie.

Pero cediendo al cabo un día á las reiteradas instigaciones de su esposa que no acertando á explicarse tal pasión por la vida campestre no cesaba de escribirle para que volviese á París, el barón Michel se decidió á partir para la capital el siguiente lunes, despidiéndose el domingo del país con una gran batida á los bosques de la Pauvraire y al de los grandes Eriales, donde abundaban los lobos.

Así hacía el barón otra obra filantrópica.

Mas no contento con esta consideración, el barón Michel continuó representando su papel de rico pródigo. Manifestó que el refrigerio corría por su cuenta y dispuso que siguiesen á la comitiva dos pipas de vino llevadas en carretas y de las cuales podía beber quien quisiera; mandó aderezar para la vuelta un verdadero festín de Camacho al cual estaban convidadas dos ó tres aldeas; rehusó el lugar preferente que se le había designado en la batida, exigiendo que la suerte decidiese el suyo como el del más humilde tirador, y habiéndole tocado por casualidad el extremo de la línea, sobrellevó esta desgracia con tan buen humor que embelesó á todos.

La batida fué magnífica; los animales aparecían á cada paso como por encanto, y oíase en toda la línea un tiroeo tan nutrido que asemejaba un fuego de guerrillas. Los lobos y los jabalíes no tardaron en llenar las dos carretas del barón, sin contar la caza de contrabando, como las liebres y los corzos á quienes se disparaba en aquella como en todas las batidas, so pretexto de que son animales dañinos, y á los cuales se ocultaba á hurtadillas con intención de ir por ellos al caer la noche.

El ardimiento de la caza y la embriaguez del triunfo hicieron que pronto se olvidara al héroe de la jornada, por

manera que hasta después de acabadas las últimas batidas nadie reparó que el barón Michel no había parecido desde la mañana. Al notarlo, todos naturalmente preguntaron por él, pero nadie había vuelto á verle desde el momento en que la casualidad le había deparado el peor sitio de la línea, y entonces se supuso que aburrido de aquel pasatiempo ó solícito en demasía por sus convidados, había vuelto á la aldea de Legé, en donde por disposición suya se había preparado la comida.

Pero cuando llegaron los cazadores á Legé supieron que tampoco había estado allí. Los más indiferentes se sentaron sosegadamente á la mesa; pero recelosos otros y acosados de funestos presentimientos, volvieron á los bosques de la Pauvraire y empezaron á practicar escrupulosas pesquisas provistos de antorchas y linternas.

Después de dos horas de infructuosas investigaciones, le encontraron en una zanja de la segunda zona que se había batido.

Era cadáver y tenía el corazón traspasado por un balazo.

Esta muerte hizo mucho ruido; la audiencia de Nantes avocó la causa, y el cazador que estaba más cerca del barón el día de la catástrofe fué aprehendido inmediatamente; pero declaró que encontrándose á ciento cincuenta pasos de él y á la otra parte de un recodo de la montaña, no había tenido ocasión de oír ni observar nada; probóse por otra parte que la escopeta del aldeano encausado no había sido descargada aquel día, y á mayor abundamiento hizo notar éste que desde el paraje en que se encontraba sólo habría podido herir á la víctima en el costado derecho y precisamente lo había sido en el izquierdo.

Procedióse por lo tanto el sobreseimiento de la causa y atribuyóse la muerte del barón á un caso fortuito, suponiendo que una bala extraviada le había herido casualmente, como tantas veces sucede.

Sin embargo, no dejaron de cundir por el país siniestros rumores de venganza. Decíase por lo bajo, cual si cada matorral hubiese ocultado el fusil de un *chuan*, que alguno de los antiguos soldados de Jolly, Coetus ó Charrette había hecho expiar al desgraciado proveedor su traición y la muerte de estos tres ilustres caudillos; pero eran muchos los interesados en guardar sigilo para que pudiese llegarse jamás á formular una acusación directa.

Quando enviudó la baronesa Michel de la Logerie, tenía un hijo.

Era la baronesa una de esas mujeres dotadas solamente de virtudes negativas y que tanto abundan en el mundo: no tenía vicios; no había conocido ni por asomo la menor pasión. Uncida á los diez y siete años al yugo matrimonial, habíalo sufrido sin desviarse nunca de la buena senda y sin tomarse siquiera el trabajo de inquirir si había otra mejor: jamás se le había ocurrido que una mujer pudiese rebelarse contra aquel yugo, y al recobrar su libertad, lejos de regocijarse, se amedrentó é instintivamente buscó otro. Hallólo en una devoción exagerada y cual suele acontecer á todos los ánimos apocados, empezando desde entonces á vegetar entregada fervorosamente á una devoción mal entendida.

La baronesa creíase buenamente una santa: asistía con regularidad á los oficios divinos, guardaba rigurosamente los ayunos, observaba todos los preceptos de la Iglesia, y de seguro, si alguien le hubiese dicho que pecaba siete veces al día, la habría admirado sobremanera. Y sin embargo, era así, pues bastaba fijarse en su falta de humildad para sorprenderla cien veces al día en delito flagrante de contravención á los preceptos del Redentor, por cuanto su orgullo aristocrático rayaba en demencia.

Hé aquí porque el socarrón de Courtin, que llamaba al hijo señor Michel á secas, siempre había tenido buen cuidado de dar el tratamiento de baronesa á la madre.

La señora de la Logerie miraba naturalmente á la sociedad y al siglo con horror, y ni siquiera leía la gacetiilla de los tribunales, sin acusar de la más negra inmoralidad á los hombres y al siglo. A su decir, la edad de fuego empezó en 1800, y partiendo de este principio, su primer cuidado fué preservar á su hijo del contagio de las ideas del día y educarle lejos del bullicio y los peligros del mundo; no permitiendo que nadie se inmiscuyera en la dirección de sus estudios ni hablase de los establecimientos de educación pública, pues tampoco la inspiraban gran confianza los colegios de los jesuítas, á causa de la facilidad con que transigían los buenos Padres con las obligaciones sociales de los jóvenes que se les confiaban. Si el joven Michel recibió algunas lecciones de los extraños á quienes se tuvo que recurrir indispensablemente para enseñarle las ciencias y las artes que un joven no puede en manera alguna ignorar, fué siem-

pre en presencia de su madre y con arreglo al programa por ella aprobado, pues á nadie quiso la baronesa confiar la dirección de los estudios del niño, y aun menos la parte moral de su educación.

IX

GALÓN DE ORO Y ALLEGRO

No le habían engañado al baroncito sus medrosos presentimientos, pues conforme lo había previsto, su madre le amonestó con vigor.

Demasiado había comprendido la baronesa que la herida de su hijo no podía dimanar de un simple arañazo; mas no acertando á adivinar qué interés podía tener en ocultarle su verdadera causa, y plenamente persuadida por otra parte de que por más que le interrogase no lograría averiguar la verdad del hecho, no cesaba de observar aquella herida misteriosa y movía la cabeza arrugando la frente en actitud meditabunda.

Durante la comida dió el joven frecuentes muestras de desazón, tuvo los ojos constantemente bajos y apenas probó bocado; pero es preciso decir en honor de la verdad que no era el continuado examen de su madre la única causa de su perturbación.

Parecíale ver flotar entre sus ojos y la mirada de su madre dos sombras amigas, imágenes de Berta y Mary.

· Teníale la primera muy agitado y curioso: ¿quién será, decía entre sí, esa amazona que maneja la escopeta como un cazador, venda las heridas como un cirujano, y cuando encuentra resistencia en el paciente le sujeta con sus blancos y delicados dedos cual pudiera hacerlo Juan Oullier con sus fuertes y callosas manos?

Y ¡cuán encantadora era también Mary con su luenga y rubia cabellera y sus rasgados ojos azules! ¡cuán tierno y persuasivo su acento! ¡con qué suavidad y ligereza había puesto los dedos en la herida, restañado la sangre y aplicado el vendaje!